

Un aleluya de Barradas y la «novela rosa»

Luis Estepa

La ilustración gráfica fue una punta de lanza que abrió brecha en la difusión de las vanguardias plásticas entre sus contemporáneos, y para muchos artistas de la primera mitad del siglo XX, un medio de vida con el que hacer sostenible la producción de obras de menor demanda comercial, pero de mayor ambición estética: cuadros, decorados teatrales y esculturas de formato más amplio.

El caso del pintor montevideano Rafael Barradas (1890-1929) cuyo nombre completo fue Rafael Manuel Pérez Giménez Barradas Rojas, quizá sea el más notable de esta actividad escindida entre la necesidad de vivir y la de pintar en un estilo de limitada aceptación por aquellos ya lejanos días.

Es asombrosa la cantidad y calidad de su trabajo en los catorce años y pico que dura el ciclo de su vida artística en España, que es como decir la plenitud de su actividad, y que podemos acotar desde su comienzo, a mediados de 1914, cuando llega a Barcelona procedente de Milán e inaugura en *l'Esquella de la Torratxa* la fructífera serie de sus colaboraciones en prensa, hasta que después de un ajetreado periplo por España que le lleva a Zaragoza, Barcelona, Madrid, Luco de Jiloca (Teruel) además de otras estadias mucho más breves en otros lugares, finalice su última etapa de más de dos años en L'Hospitalet de Llobregat (Barcelona) para embarcar, pobre y seriamente enfermo de tuberculosis, con rumbo a Uruguay donde fallece en febrero de 1929. Medios de vida muy cortos y una sobrecarga de trabajo excesiva se diría que estuvieron presentes en el origen de su fatal dolencia.

En el censo de la obra de Barradas, exclusivamente en el ámbito de las artes de la imprenta, que se desglosa en el catálogo confeccionado con motivo de la exposición antológica organizada por la Comunidad Autónoma de Madrid, la Generalitat de Cataluña y el Gobierno de Aragón en 1992, se detallan ilustraciones para 23 revistas españolas y 7 uruguayas. Y es seguro que no están todas.

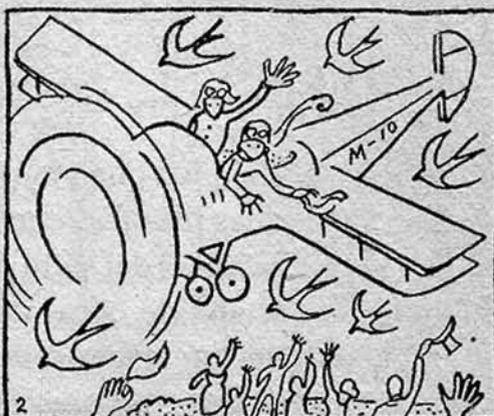
Sobre esta respetable cantidad hay que añadir otra, aún superior en número, que son los títulos de los 48 libros que se enumeran, cuyo texto se ameniza con multitud de dibujos, y cuyo contenido, siempre de naturaleza lite-

LA NENA DE LA LUNA

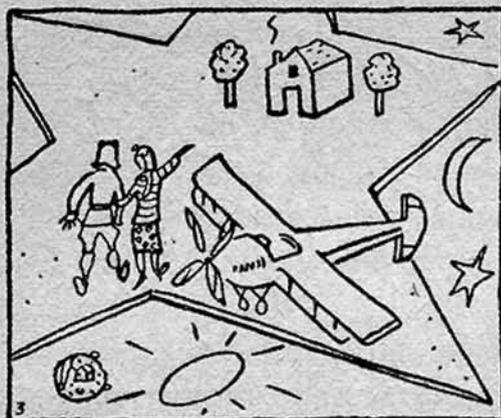
Historieta de BARRADAS



I. — Nosotros iremos a pasar nuestra luna de miel a la Luna — dijo el joven aviador a su bella novia.



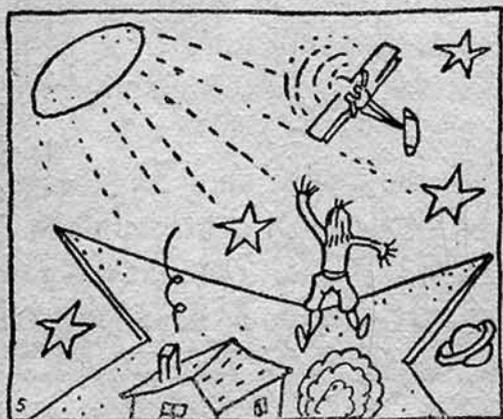
II. Efectivamente: se casaron y en un magnífico aeroplano partieron, despedidos por sus padres, parientes y amigos.



III. Una avería en el motor les obligó a aterrizar en una estrella. Allí les aguardaba una gran sorpresa...



IV. Sí, el intrépido aviador, al que abajo en la tierra dábanle por muerto, vivía allí muy tranquilito, según él, lejos del mundanal ruido...



V. Luego de pasar unas horas juntos, arreglaron el aeroplano, y el joven matrimonio partió para la Luna. (¡Estos irán muy lejos, pensó el nuevo Robinsón!)



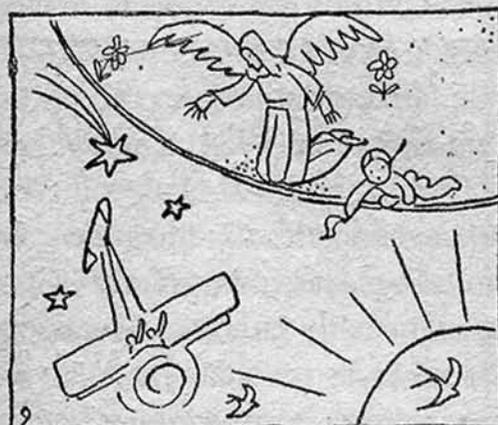
VI. Una vez en la Luna, decidieron dar un paseito y se convencieron de que aquello no era un planeta muerto como se creía en la tierra.



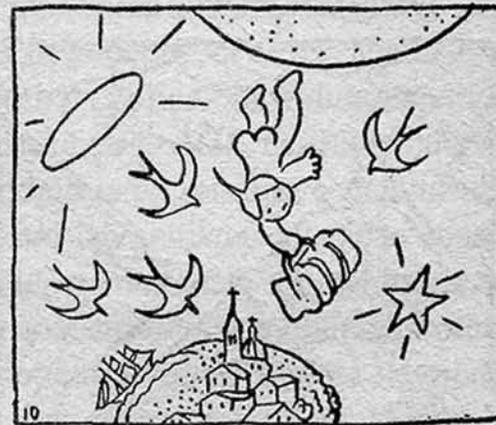
VII. Todo lo contrario, pues un Angelcicerone que les hizo los honores, les mostró cómo estaban allí los chiquillos antes de nacer para el mundo...



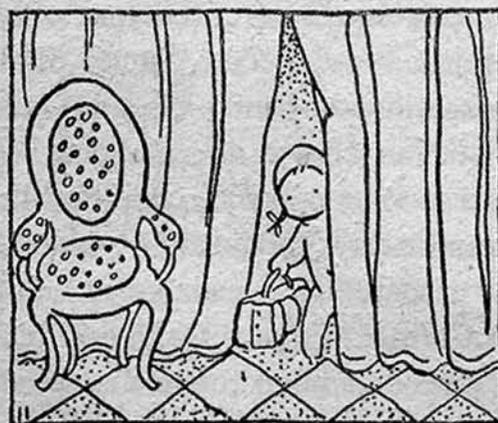
VIII. Los novios quedaron maravillados, y cogiendo a una deliciosa chiquilla, prometieron llevársela con ellos en el aeroplano...



IX. Pero no se la llevaron. Y la nena se quedó un poco enfadadilla al ver que aquello de llevarla con ellos había sido una broma.



X. Mas, como ya les había cogido cariño... una noche, que el Angel guardián se había quedado dormido, se tiró de cabeza al mundo.



XI. Y dió la casualidad que cayera en casa del aviador. ¡No fué pequeña la alegría que llevó aquella chiquilla a la joven señora!



XII. (Una voz al teléfono).
— Señorito, señorito, que venga volando que ha llegado la Nena de la Luna.

raría, abarca el teatro, la poesía, la novela y el cuento infantil. Y todavía habrá que sumar su obra como cartelista, pintor de decoraciones teatrales, figurinista y diseñador gráfico, actividad esta última sobre la que se centra el presente artículo. En todas las tareas que emprendió, fue Barradas muy competente en el dibujo de línea y acertado colorista. Tenía la capacidad de sugerir con muy pocos elementos plásticos y siempre buscó la originalidad en esa gran crónica, dulce pero melancólica y desesperanzada del pueblo español de los años veinte en el siglo XX, que en su obra es un eje mayor.

Si pusiésemos juntas las obras de Barradas, Alberto Sánchez y Gabriel García Maroto, sus dos amigos, e incluso algunos cuadros con el tema de la verbena, de Maruja Mallo, por no citar otras obras en la línea de *El Pim Pam Pum* (1924-1925) de Carlos Sáiz de Tejada, obtendríamos el mejor y más coherente panorama populista de España en su fase vanguardista, que es coherente con la actitud de Miguel Hernández, García Lorca en composiciones como «Santiago, balada ingenua», o la «Balada de la Placeta», ambas fechadas en 1919, y que se recogieron en el *Libro de Poemas* (1921) precisamente publicado en las prensas de la editorial de García Maroto; y también en el primer Alberti, de *Marinero en Tierra* (1924) y, desde luego, en el influyente y anterior en el tiempo *Platero y yo* (1914).

Un estar así en la sencillez del pueblo, se concretó, de otro modo, en el diseño de objetos y elementos utilitarios. Barradas, como Torres-García, estuvo involucrado en la fabricación de juguetes; y en esta orientación de su trabajo en serie debemos entender las aleluyas tituladas *La Nena de la Luna, historieta de Barradas*, que fue incluida en el *Almanaque Rosa para 1928*, publicado por editorial Juventud, como complemento de *La Novela Rosa*.

Esta cabecera, equidistante entre el folletín, la novela de kiosco y el libro, constituyó todo un hito en su género, pues conjugó con éxito una serie de factores determinantes en la época, como fue conectar con el público femenino en edad de contraer matrimonio, dando forma y sentimiento a sus aspiraciones desde un punto de vista moderno e internacional, pues muchos de sus títulos fueron escritos por autoras como Eveline Le Maire, Edith Wharton, Berta Ruck, Florencia Barclay, todas ellas verdaderas especialistas en el relato amoroso, o por sus colegas españolas: Concha Espina, Alicia Pujó, Matilde Muñoz o Carmela Eulate. En la nómina de escritores encontramos a Gabriel Miró, que contribuyó con una adaptación de varios cuentos recogidos bajo el título común de *Dentro del Cercado* (1925) a Guillermo Díaz Caneja y Juan Aguilar Catena, junto a los muy conservadores Armando Palacio Valdés y el sacerdote católico Francisco Muñoz y Pabón.